

UN GENERAL MODERNO¹

La cultura de la fama tiene un doble filo. Por un lado, las figuras destacadas de todas las esferas de la sociedad –los espectáculos, los deportes, los grandes negocios o la política– gozan de la adulación de la plebe y habitan un mundo enrarecido de privilegio y de deferencia. Sin embargo, por otro, su *entré*e en este mundo es sumamente contingente y exige de ellas que sigan satisfaciendo las expectativas caprichosas y hasta peregrinas de sus encandilados fans. Dejar de atender y de rendir cuentas puede ser algo tan brusco como brutal. Si no, preguntemos a la estrella de cine que patina película tras película, al costosísimo jugador de fútbol americano que, por algún motivo, no puede obtener un triunfo grandioso, o al alto ejecutivo de una gran compañía que, por un puñado de dólares, no alcanza las «expectativas del mercado». Preguntemos a Al Gore.

Pero un segmento sumamente visible de la elite estadounidense ha estado ampliamente exento de la aplicación de esta regla. Desde la Guerra en el Golfo Pérsico de 1990-1991, cuando sin ninguna voz en contra Estados Unidos se instauró como la mayor potencia mundial conocida hasta entonces, las personas a las que se confió el mando de las fuerzas estadounidenses han gozado de un *status* protegido. Al igual que en cierta ocasión los periódicos trataron al arzobispo local con guante de terciopelo no fuera a ser que se ganaran la acusación de no guardar el debido respeto a la Iglesia, en los últimos años, en lugar de lo que hubiera sido una avalancha de críticas, los generales y los almirantes han recibido, por regla general, un trato de favor justificado por el miedo a parecer que se viola el último dictado de la corrección política: no hacer, nunca, nada que pueda sugerir algo menos que un apoyo de todo corazón a nuestros hombres y mujeres de uniforme. Por consiguiente, aquellos que ocupan los escalafones más altos de las fuerzas armadas se han convertido en los miembros más inatacables de la elite estadounidense. O, quizás, en términos más precisos, los miembros de este club exclusivo son los únicos que sólo son responsables ante sus iguales.

¹ Tommy FRANKSS y Malcolm MCCONNELL, *American Soldier*, Nueva York, Regan Books, 2004.

Por ejemplo, cuando el teniente Ricardo Sánchez asumió en 2003 el mando de las fuerzas de la coalición en Iraq habían empezado a aparecer los primeros síntomas de una insurgencia y su trabajo consistía en sofocarla y en crear un entorno seguro. Un año más tarde, cuando Sánchez abandonó el cargo, Iraq estaba prácticamente descomponiéndose. La seguridad se había deteriorado de manera apreciable. El general había incumplido escandalosamente su misión. Sin embargo, en medio de un sinfín de comentarios y de tertulias sobre Iraq, este fracaso del mando prácticamente ha pasado desapercibido, como si, para los observadores externos, evaluar las actuaciones de un oficial veterano supusiera un mal comportamiento. Si Sánchez hubiera sido el capitán de un equipo de fútbol americano o un alto ejecutivo, es probable que hubiera sido destituido. Sin embargo, es un general y, por lo tanto, el Pentágono le cuelga una medalla en el pecho y le da una palmadita en la espalda. Éste es el sucio secretito que la única superpotencia mundial todavía tiene que reconocer, puesto que, en la medida en que Estados Unidos ha venido a depender cada vez más acusadamente de las fuerzas armadas para apuntalar su posición de preeminencia global, la calidad de su veterano mando militar raras veces ha podido recibir una calificación por debajo de lo mediocre. Las tropas siempre están listas y la tecnología es extraordinaria, pero ha sido difícil dar con una dirección de primera clase.

Tommy Franks pondría en duda esta acusación. Para rebatirla, citaría sus propios éxitos en calidad de primer comandante de operaciones del ejército durante la incursión en Afganistán en 2001, bajo el mando de Estados Unidos, y la invasión de Iraq en 2003. En ambos casos, un plan brillantemente concebido –*su* plan, implementado bajo *su* control directo– dio como resultado una victoria decisiva lograda con economía y diligencia. De hecho, el objetivo primordial de *American Soldier* radica en afirmar el derecho de Franks a ser uno de los grandes capitanes de la historia. Los lectores predispuestos a ver las operaciones denominadas Libertad Duradera y Libertad para Iraq con una gran admiración tal vez puedan encontrar persuasivos los esfuerzos del general para sostener su pretensión. Por su parte, los que estén al tanto de que Iraq se ha convertido en un verdadero cenagal y de que prácticamente cabría decir lo mismo de Afganistán, encontrarán menos convincente la afirmación del general de contarse entre los inmortales. No obstante, incluso en este caso, algo aprenderán de la lectura de *American Soldier*; ya que el análisis ofrecido por Franks es tan instructivo como revelador. Dadas las vastas pretensiones de la política exterior estadounidense, así como la naturaleza militarizada de la misma, se trata de un documento de genuina relevancia tan oportuno como inquietante.

Respecto a la composición global de *American Soldier*, el libro se adhiere y, por lo tanto, sirve para legitimar una tradición literaria emergente que instituye la memoria militar como narrativa de la redención nacional. Al igual que ha habido una avalancha de publicaciones sobre las guerras, las exploraciones y las alarmas de la era posterior a la Guerra Fría, también han proliferado los libros de memorias escritas por líderes militares veteranos.

En su versión moderna, este género ofrece dos variantes características. Las obras que entran dentro de la primera categoría se reconocen muy fácilmente puesto que, en todos los casos, unas letras de 2 centímetros de altura sobre una chaqueta polvorienta identifican al autor como Tom Clancy, un hombre que, en realidad, jamás prestó servicio de uniforme. Debajo del nombre del autor, casi como añadido ya que su tamaño es considerablemente más reducido, se recoge el reconocimiento de que Clancy escribió su análisis «junto al general Fulano de tal (retirado)».

Después de alcanzar la fama y la fortuna escribiendo novelas de suspense inspiradas en la tecnología, Clancy lleva casi toda una década sacando al mercado crónicas militares con la misma regularidad con la que produce novelas *bestseller*. Actualmente, pueden contarse hasta cuatro volúmenes de este tipo publicados. Los tres primeros –*Into the Storm* (1997), *Every Man a Tiger* (1999) y *Shadow Warriors* (*Guerreros en la sombra: en el corazón de las fuerzas especiales*, 2002)– fueron escritos en colaboración con los generales Fred Franks, Chuck Horner y Carl Stiner respectivamente, todos ellos altos mandos de la Operación Tormenta del Desierto. En el último de los libros, Clancy colabora con el oficial de la Marina que precedió a Tommy Franks como cabeza del Mando Central de Estados Unidos (CENTCOM), y cuyo campo de operaciones abarca África oriental, Oriente Próximo y Eurasia central. El libro, *Battle Ready* (2004), está escrito por Tom Clancy junto al General Tony Zinni (retirado) y Tony Koltz, y la adición de un tercer escritor o colaborador fantasma pone aún más difícil calibrar hasta que punto exactamente dar crédito a estas componendas. Los libros dan más la impresión de haber sido ensamblados que de haber sido escritos, algo que no deja de ser digno de lamentar en tanto que, en efecto, Zinni es un hombre serio e interesante que ha emergido recientemente como un ardiente crítico de la conducción a manos de la Administración de Bush de lo que se ha dado en llamar la guerra global contra el terror. Pero, si la crítica expresada en *Battle Ready* puede atribuírsele realmente a él, es algo que se deja a juicio de cada lector.

La segunda categoría de la versión actual de las memorias de un oficial veterano es donde *American Soldier* encaja como anillo al dedo. Aunque típicamente escritos con la asistencia de un colaborador externo, estos libros consiguen, al menos, conservar cierta apariencia de autenticidad. Tal vez, el Norman Schwarzkopf de *It Doesn't Take a Hero* (*Autobiografía*, 1993) es una versión depurada del auténtico «Stormin Norman»². No cabe duda de que el análisis de la Operación Tormenta del Desierto que constituye el núcleo de su relato es parcial, pero, al menos, el resultado global guarda cierta similitud con el personaje genuino. Lo mismo podría decirse prácticamente de Colin Powell al describir su carrera militar en *My American Journey* (1995) o de Wesley Clark que, en *Waging Modern War* (2001),

² El general Norman Schwarzkopf se hizo conocido en la Guerra del Golfo de 1991 como «Stormin Norman». [N. de la T.]

relata la travesía que protagoniza hasta llegar al alto mando y que culmina en la batalla por Kosovo.

Bien se trate de una variedad producida en serie o a mano, cada una de estas narrativas se adecua virtualmente a una fórmula prescrita. El protagonista, después de un periodo de formación que le permite adquirir un profundo aprecio por los valores estadounidenses, se une a las fuerzas armadas y presta servicios en calidad de joven oficial en Vietnam. Esta guerra se convierte en el eje alrededor del cual gira el resto de la narración. Por ejemplo, Franks titula el capítulo en el que describe su propia participación en Vietnam «El crisol». A partir de su experiencia en una guerra perdida, el protagonista extrae ciertas verdades esenciales que jura que llevará a la práctica si alguna vez, en alguna crisis futura, es llamado a prestar sus servicios ocupando un puesto de autoridad. A su regreso al hogar después de la batalla, aunque consternado al ver a sus compatriotas dando de lado a aquellos que cumplieron con su deber y que se habían sacrificado, él sigue adelante escalando posiciones durante un dilatado proceso de aprendizaje.

Cuando, por fin, llega su momento, el protagonista orquesta una gran victoria que, implícitamente, muestra el modo en el que *debería* haberse luchado en Vietnam. Asimismo, la derrota del enemigo ayuda a curar las viejas heridas en casa promoviendo tanto la reconciliación como la rehabilitación de la nación. Con un carácter menos noble, al contar nuevamente este triunfo, el protagonista también utiliza todas las oportunidades que se le brindan para ajustar cuentas con los enemigos y con las críticas del pasado.

En *American Soldier*, los elementos inaugurales de esta secuencia destacan claramente como los mejores. Franks, el hijo único adoptado de una familia trabajadora, cuenta con ingenio y con gracia la historia de su humilde educación. Crecer en una pequeña ciudad en Oklahoma y en Texas significa «vivir el sueño americano», esto es, explorar las calles, jugar a la pelota, montar motos y coches de carreras viejos, ir detrás de las chicas y beber cerveza. Cuando demasiado de esto último provocó el suspenso de Franks en los exámenes de la Universidad, se alistó en el ejército y en 1967 obtuvo su graduación mediante la Escuela de Aspirantes a Oficiales. Poco después, y una vez convertido en cabo segundo, fue enviado al sudeste asiático. Franks describe su año de combate como artillero con vívido detalle. Valiente, con la cabeza fría y lleno de recursos, asumió el papel de soldado con la prontitud propia de quien anida las despreocupadas andanzas de su adolescencia. A pesar de que Franks había visto su ingreso en el ejército como un paréntesis que finalmente le conduciría de nuevo a su grupo de amigos, encontró en el servicio militar una vida que pronto se convirtió en una llamada. Cuando regresó del Vietnam, en 1968, y contempló la perspectiva de asistir a la universidad junto a «tipos que habían utilizado las prórrogas de estudios para protestar contra la guerra», no le llevó mucho tiempo decidir hacer del ejército una carrera. Durante el periodo de la Guerra Fría en las décadas de los setenta y ochenta, sobresalió destacadamente. Franks era tenaz en sus investigaciones, demandaba tareas y, después,

ofrecía resultados. Era un oficial ambicioso que amaba a su familia pero que ponía por delante su carrera y que ascendió de manera implacable por la escalera del éxito. Cuando estalló la Guerra del Golfo de 1990-1991, había llegado a brigadier general. Diez años más tarde, con cuatro estrellas en su uniforme, asumió el mando del CENTCOM.

Entre tanto, Franks había cultivado una imagen ruda, recreándose en su papel de típico muchacho estadounidense: un chico de la parte oeste de Texas declarando su sorpresa ante lo lejos que había llegado. En un inciso, él observa que, «con los años, había aprendido que a veces es útil hacer las cosas detrás de una fachada de vergüenza por uno mismo». Y, ahora, Franks quiere hacer saber que, detrás de esta fachada, había un estudioso erudito de su profesión y un pensador original. (También sensible, ya que Franks escribe poesía y *American Soldier* recoge varios desafortunados fragmentos de obra poética.) Durante su aprendizaje, él «había leído tanto sobre la guerra como sobre la paz: la sabiduría acumulada de Sun Tzu y de Clausewitz, de Bertram *[sic]* Russell y de Gandhi». Además, Franks insiste de entrada en que él ha sido un «inconformista» y que, por ello, se vio, «frecuentemente, fuera de la corriente conservadora predominante en el ejército».

De hecho, Franks presenta muy pocas evidencias de su carácter de libre-pensador en su camino hacia la cumbre. A pesar de que salpica su relato con citas de filósofos chinos y alemanes que hace mucho tiempo que desaparecieron (ninguna del misterioso señor Russell), sus observaciones acerca de la guerra y de la política no superan lo pedestre. Franks escribe avispadamente acerca de una «continuidad en la interacción entre las naciones, las facciones y las tribus». Pero, además, traduce esta idea en su teoría de las Cinco «Cs» de la política internacional según la cual toda relación interestatal se ajusta a una de las siguientes categorías: Conflicto, Crisis, Coexistencia, Colaboración o Cooperación. Y, aunque como joven comandante o en calidad de oficial de plantilla trató cautelosamente de corregir en alguna ocasión la ortodoxia militar, en todo momento se mantuvo en una confortable posición dentro del sistema. En definitiva, ya fuera para bien o para mal, en 2000, la época en que ascendió al mando del CENTCOM, Franks se había convertido en el arquetipo del general moderno.

Esto significa, entre otras cosas, que Franks no se ha desprendido de todo el rencor que el cuerpo de oficiales acumuló en Vietnam y que ha estado alimentando desde entonces. En *American Soldier*, este rencor emerge intacto y Franks no duda en añadir un poco más de su parte. De este modo, en el curso de su análisis, él da con frecuencia rienda suelta a su furia contra los medios de comunicación por lo que describe como un periodismo impreciso, parcial y explícitamente antimilitar. Arremete contra «la arrogancia intelectual» de los oficiales sin uniforme militar y apostados en Washington que imaginan que la intervención de las fuerzas aéreas podría por sí misma «abrir de golpe la puerta por la que los grupos de la oposición iraquíes en el exilio marcharían triunfalmente para liberar a su país». Estas ideas, escribe Franks, eran «absurdas», al igual que lo eran las esperanzas en que el exilia-

do Ahmad Chalabi –un fraudulento «líder Gucci»– sería capaz de unir a las diversas facciones religiosas y étnicas existentes en Iraq.

Entre los civiles contra los que Franks desata su mordacidad se encuentra Richad Clarke, antiguo jefe de la lucha antiterrorista de la Casa Blanca, que es tachado de ser un dogmático sin sentido práctico, y Douglas Feith, subsecretario de Defensa y asesor político juzgado como «el tipo más jodidamente estúpido del planeta». Él compara a estos *amateurs* con «McNamara y su equipo de *whiz kids*³ [que] repetidamente escogieron objetivos personales en los bombardeos y autorizaron maniobras diseñadas para ser llevadas a cabo por un batallón». Franks se niega a tolerar cualquiera de estas intromisiones. Durante la campaña afgana, Franks gruñiría: «Mi nombre no es Westmoreland [...] y yo no voy a seguir el camino marcado por Washington a la hora de dar tácticas y objetivos a nuestros chicos en el campo de batalla y sobre el terreno»⁴.

El general tampoco perdona a sus propios compañeros de profesión, sino que clama contra «los filtradores mal informados y desencantados que acaban una carrera sin porvenir en algún cuchitril del Pentágono» y que tratan de anticipar lo que él mismo hará o dirá. Además, se burla de los «generales hijos de perra que salen por la televisión», muchos de los cuales «eran mucho mejores analistas televisivos de lo que habían sido oficiales militares». Pero Franks reserva su salva más feroz para los generales de cuatro estrellas ascendidos a jefes de las fuerzas armadas. Las recomendaciones emitidas por la Junta de Jefes del Estado Mayor no son más que una «gilipollez parroquial». Franks expresa un desprecio absoluto por el «Título de los diez hijos de perra» que, por ley, no tienen atribuida autoridad de mando y que, por ello, deberían abstenerse de andar criticando los planes diseñados por «combatientes de guerra» como él.

En su actitud hay algo más que histrionismo. Sostener la defensa de la inducción del general en Valhala exige demostrar que él, y sólo él, es el responsable de las victorias obtenidas en Afganistán y, especialmente, en Iraq. Franks quiere garantizar que, si alguien encuentra alguna falla en su actuación, no tenga muchas posibilidades de ser escuchado. Asimismo, quiere asegurarse de que nadie se entrometa y reclame laureles que él considera

³ Los *whiz kids* [niños prodigio] es el nombre que se dio al equipo de ayudantes de Robert McNamara que puso al servicio de su estrategia militar las computadoras electrónicas, la investigación operativa, el análisis estadístico, los cálculos científicos, la evaluación de costes y beneficios y otras técnicas modernas. [N. de la T.]

⁴ W. Childs Westmoreland fue un militar estadounidense graduado en West Point en 1936. Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo al mando de una unidad de artillería y tuvo un gran protagonismo en la guerra de Corea entre 1952 y 1953. En 1964, ocupó el cargo de comandante en jefe en Vietnam del Sur hasta ser destituido después de la ofensiva norvietnamita del Tet de 1968. A raíz de esta misma ofensiva que evidenció que la estrategia estadounidense, marcada por los bombardeos indiscriminados, estaba condenada al fracaso, Robert McNamara, secretario de Defensa desde 1961, abandonó su cargo en un estado de crisis nerviosa. Hasta 1972, Westmoreland fue jefe del Estado Mayor en el Pentágono. [N. de la T.]

estrictamente suyos. En este sentido, Clarke, Feith, los generales que salen en televisión e, incluso, la Junta de Jefes del Estado Mayor son, comparativamente, peces pequeños. A pesar de todo el boato de la democracia, en la América imperial tan sólo un puñado de personas ejerce el poder real. (La alusión al imperio no es gratuita ya que, en un determinado momento, Franks compara su papel con el del «Procónsul Romano [Marco Emilio] Escauro» y, en partes diversas del libro, juega con la imagen de sí mismo cubierto por una «toga de un púrpura inmaculado y con una corona de laureles».) En función de la materia que se trate, pero especialmente en materias relativas a la seguridad nacional, en las altas esferas, el poder de decisión apenas incumbe a un reducido grupo de media docena de jugadores serios. Para evidenciar que, cuando se llegó a la guerras de Afganistán y de Iraq él era, realmente, el hombre responsable, Franks debe demostrar que, en la interacción estratégica que tuvo lugar en la cima, la voz dominante era la *suya*. En definitiva, Franks debe mostrar que su papel entrañaba mucho más que, simplemente, cumplir las órdenes.

Tal y como Franks sabe pero no reconoce, los últimos informes hacían sugerir otra cosa. La prensa había atribuido al secretario de Defensa Donald Rumsfeld la autoría de los métodos utilizados en Afganistán e Iraq. En su estilo característico e inimitable, Rumsfeld había presionado, engatusado e intimidado a un insulso comandante de campo para abrazar un nuevo enfoque de la guerra que, en sucesivas ocasiones, produjo resultados espectaculares o, al menos, esto es lo que cuenta la historia. Pero Franks insiste en que no es así. Desde el 9 de noviembre, él era el único que manejaba las riendas: «CENTCOM “insufló la estrategia” en lugar de esperar a que Washington “desinflara la táctica”». Franks explica, detalladamente –este libro presta sustancialmente más atención al planeamiento de la campaña que a la lucha como tal–, el modo en el que él mismo instruyó pacientemente al presidente y al secretario de Defensa sobre la guerra contemporánea y les hizo comulgar con su propia visión del mejor modo de apartar del poder a los talibanes y a Sadam Husein.

Aunque Franks declara sentir el más alto respeto por George W. Bush, el comandante en jefe emerge de este análisis como alguien afable, con la cabeza en las nubes y que tropieza en los típicos errores. Bush preside jovialmente diversas reuniones informativas, plantea unas cuantas preguntas arbitrarias y acaba con sucintas amonestaciones del tipo: «Gran trabajo, Tommy. Sigue así. Haremos lo que sea necesario para proteger América». Rumsfeld termina siendo un interlocutor más arduo que pone reiteradamente a prueba la paciencia de sus comandantes de campo y que mantiene el tipo únicamente gracias a la más cuidadosa de las gestiones. Pero Franks no deja lugar a dudas de que, a fin de cuentas, las invasiones parejas de 2001 y de 2003 se llevaron a cabo a su manera.

La visión de Franks, en la que se privilegia la velocidad, la sorpresa, el engaño, las armas de precisión y la integración de todas las fuerzas en un equipo de combate plenamente unido, le coloca, como él afirma categó-

ricamente, «en una posición fuera de la norma dictada por la doctrina convencional». El resultado son dos victorias notables, la segunda de las cuales Franks describe como «inigualable por su excelencia a cualquier otro episodio en los anales de la guerra». Pero, además de la grandeza que transmiten estos cumplidos, Franks quiere que se sepa que los mismos poseen una importancia que continúa reverberando más allá del campo de batalla. En casa, la victoria desencadenó el reavivamiento de un «patriotismo leal y profundo por parte de aquellos que saludan la bandera y de aquellos que la ondean» y, de este modo, provocó un reencuentro de los estadounidenses con los valores imperecederos de los que el joven Tommy Franks se había empapado allá en la Texas de la década de los cincuenta. En un sentido más material, las campañas presididas por Franks constituyeron «una verdadera revolución en el modo de hacer la guerra». Por lo tanto, hasta donde alcanza la vista, las victorias obtenidas en Afganistán y en Iraq brindan garantías de la primacía militar estadounidense.

Sin embargo, al realizar estas profusas aseveraciones tanto en calidad de comandante de campo como de arquitecto de una forma radicalmente nueva de hacer la guerra, Franks se sitúa a sí mismo en una tesitura muy similar a la que tuvo que afrontar Douglas MacArthur a finales de la década de los cincuenta. Cuando en septiembre de aquel año las fuerzas estadounidenses en Inchon dieron un vuelco al curso de los acontecimientos imponiéndose sobre los norcoreanos e, inmediatamente, consiguieron transformar la guerra coreana, MacArthur quiso que no quedaran dudas respecto a que la brillantez desplegada había sido suya y sólo suya. Pero, con una destacada prontitud, el golpe maestro de Inchon abrió paso al impacto causado por la intervención china, y a un nuevo giro en el curso de la guerra. A pesar de todos sus esfuerzos, MacArthur no podía reivindicar la autoría de lo primero sin que se le achacara también la responsabilidad por lo segundo.

Franks se retiró del servicio activo tras la caída, sumamente televisada, de la estatua de Sadam Husein en la plaza de Al Fardus y, por lo tanto, no puede imputársele responsabilidad directa alguna por todo lo que ha tenido lugar desde entonces tanto en Iraq como en Afganistán. Sin embargo, tampoco él puede ignorar el modo en el que se han desarrollado los acontecimientos. Sus esfuerzos por justificarlos son, en el mejor de los casos, débiles. Respecto a la guerra contra Sadam, Franks afirma haber anticipado desde el principio que la, así llamada, Fase IV –la ocupación y la rehabilitación de Iraq– sería la más difícil y prolongada. Repetidamente, asegura que él esperaba que la ocupación se dilatara durante varios años y que requeriría hasta 250.000 efectivos de la coalición, si bien su propio plan no preveía nada que se acercara a esa cifra. (En ninguna de las páginas de *American Soldier* se menciona la estimación efectuada antes de la guerra, por uno de los 10 colegas «intitulados» de Franks, de que la ocupación bien podría consumir varios cientos de miles de efectivos.)

A pesar de que Franks había especulado que «la posguerra de Iraq podría tomar como modelo el Japón o la Alemania posteriores a la Segunda Gue-

rra Mundial», nada en él parece indicar que haya captado los desafíos políticos o económicos que podría entrañar la construcción de una nación. *Después* de la caída de Bagdad, Franks se encontraba hablando por teléfono con el general Richard Myers, el presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor, aportando brillantes ideas: «Dick, necesitamos una gran conferencia de donantes –con sede en Washington– para obtener apoyos, dinero y tropas tan rápido como sea posible». Sin embargo, para entonces ya era demasiado tarde puesto que los acontecimientos iban por delante de la capacidad de Estados Unidos para controlarlos.

Desde entonces, las condiciones no han hecho más que empeorar. Pero Franks, por su parte, permanece inquebrantablemente optimista. Él insiste en examinar los acontecimientos más recientes y afirma que la Fase IV, «en realidad, transcurre como yo lo esperaba». A pesar del «desfile diario de titulares de prensa negativos», Iraq va camino del éxito. Haciendo caso omiso de los escándalos de tortura en Abu Ghraib, que considera fruto de unas manzanas podridas, y expresando su confianza en que la violencia disminuirá pronto, predice que, «dentro de un año, Iraq será un país completamente distinto». Sin embargo, el hecho de que las muertes estadounidenses rondan ya la cifra de 1.000, de que algunas de las tropas de Estados Unidos se estén extendiendo involuntariamente hacia la zona de combate mientras otras regresan para una segunda expedición y de que el gobierno iraquí instalado por Washington dé muestras de una gran fragilidad, hace difícil compartir el alegre optimismo expresado por Franks. Incluso cabría decir que está empezando a sonar levemente como uno de esos generales que salen por televisión.

No obstante, todo esto debe olvidarse y garantizar a Franks su Inchon porque su rauda arremetida sobre Bagdad hizo añicos las defensas iraquíes y derrumbó rápidamente al partido del régimen Baaz. Nadie puede discutir esto. Sin embargo, irónicamente, el mérito de este éxito obedece, al menos en parte, al hecho de que la razón fundamental de toda la misión –la posesión por Sadam Husein de armas químicas y biológicas– resultara ser una quimera. Continuamente, Franks hace hincapié en su certeza (y la de sus jefes) sobre que Sadam poseía armas de destrucción masiva y en que, por lo tanto, suponía una grave amenaza para Estados Unidos y para sus intereses. Por supuesto, el dictador iraquí no tenía en realidad ese arsenal y no suponía una amenaza real más que para su pueblo. Franks niega la importancia del error –como si se tratara, simplemente, de una falta inocente– sin molestarse en considerar hasta qué punto su reputación de genio militar se ve afectada por haber estado tan sumamente equivocado a la hora de valorar las capacidades del enemigo. En realidad, si Sadam hubiera poseído armas de destrucción masiva preparadas para ser utilizadas, es razonable especular que las «grandes operaciones de combate» no hubieran ido tan sobre ruedas. De haber sido así, la historia narrada por el general Franks hubiera sido considerablemente distinta.

Debe decirse que tampoco el esfuerzo de Franks para brindar una imagen del ejército iraquí en 2003 como una fuerza formidable –en cierto punto,

compara la Guardia Republicana con las unidades Waffen SS de Hitler— consiguiera ser convincente a la luz de un examen más minucioso. En efecto, el ejército de Sadam nunca se recuperó del varapalo que sufrió en 1991. Más de una década de sanciones económicas y de aislamiento diplomático, además de los bombardeos aéreos soportados desde 1998, hacían imposible una recuperación como la que describe. Por lo tanto, aunque Franks no mencione este hecho, en 2003 Iraq no poseía una fuerza aérea como tal, algo que no carece de importancia en una era donde la potencia aérea ha llegado a ser decisiva en el modo convencional de librar la guerra.

Franks afirma que «jamás ha habido una operación de combate tan exitosa como Libertad para Iraq». Sólo la más estrecha definición de «éxito» hace sostenible esta aseveración. De hecho, los beneficios tangibles cosechados gracias a la victoria de Estados Unidos sobre Sadam Husein han sido exiguos. En cierto sentido, la invasión de Iraq en 2003 comandada por Estados Unidos invita a establecer una comparación con la invasión por las tropas alemanas de Noruega en 1940, o la embestida contra Yugoslavia el año posterior. En el momento de su ejecución, ambas acciones parecían confirmar la percepción de que el monstruo militar alemán era invencible. No obstante, una vez que se disipó el polvo levantado, se hizo evidente que ni siquiera la victoria había ayudado al régimen nazi a resolver su principal problema. Ambas operaciones habían descargado sobre la Wehrmacht dos pesos que a duras penas podía soportar⁵.

Además, está la cuestión casi olvidada de Afganistán. El objetivo de la operación Libertad Duradera había sido «aplantar hasta su exterminio» tanto a los terroristas como a sus simpatizantes afincados en ese país. A finales de 2001, Franks declararía: «Hemos cumplido nuestra misión». Pero dicha afirmación es un absoluto disparate. Ciertamente, la intervención estadounidense en Afganistán supuso un desgaste para Al Qaeda y consiguió derrocar al régimen talibán, dos logros que no pueden calificarse como triviales. Pero la Operación Libertad Duradera dista mucho de haber destruido a ninguna organización. Un hecho igualmente importante —aunque reciba una frugal atención en *American Soldiers*— radica en que tanto Osama bin Laden como el líder talibán Mullah Omar consiguieron esquivar a las fuerzas comandadas por Franks. Tres años después de su primera llegada, las tropas estadounidenses se hallaban inmersas en una lucha ardua y sin un final previsible para mantener, siquiera, la más tenue estabilidad. La hora de volver a casa no está cerca. En Afganistán, el general Franks no cumplió su misión más de lo que lo hizo el joven Von Moltke cuando en 1914 tomó al ejército alemán para conducirlo a París. Franks escribió *American Soldier* con la esperanza de asegurarse un lugar en la

⁵ El 15 de marzo de 1935, Hitler desmanteló el Ejército de la República de Weimar, el Reichswehr, y creó la Wehrmacht, anunciando su propósito de no cumplir las restricciones al desarrollo armamentístico alemán impuestas por el Tratado de Versalles, que limitaba el máximo de efectivos a 100.000 voluntarios y prohibía el uso de tanques, aviación, submarinos o artillería pesada. [N. de la T.]

historia. Sin embargo, tanto en Iraq como en Afganistán, la historia parece estar tomando derroteros que no favorecen a su causa.

Finalmente, ninguna persona con un mínimo conocimiento de las últimas tendencias en asuntos militares encontrará convincentes los esfuerzos del general por presentar una imagen de sí mismo como un pensador «fuera de la norma». La convicción de que la tecnología de la información está transformando la fuerza bruta en un instrumento de precisión de una versatilidad sin precedentes –Franks escribe que, entre otras cosas, esto se debe a que proporciona a sus comandantes «el tipo de perspectiva característica del Olimpo que sus dioses le habían dado a Homero»– ha sido un dogma durante los últimos veinticinco años. A lo sumo, Franks se apropió de las ideas de otros y llevó aún más lejos la doctrina militar estadounidense en la trayectoria descendente que ya había iniciado siendo completamente inconsciente de la emboscada a la que podría llevar este camino.

Al igual que ocurre con las denuncias del provincialismo que impregna el servicio en el ejército y con los llamamientos a una mayor «cohesión», actualmente, los oficiales tienen una disposición tan animada (y tan valiente) como los políticos a pronunciarse en contra del prejuicio racial. Al menos desde los días de Eisenhower, los mandos veteranos del ejército han estado encomiando el imperativo de la cooperación dentro de los servicios del ejército. Incluso, durante los últimos veinte años, los generales de las fuerzas aéreas y los almirantes de la Marina se han aupado al carro de la cohesión a pesar de que, al igual que ocurre con los políticos de la vieja escuela del sur profundo que proclaman su devoción a la concordia racial, a veces pueda ponerse en duda la profundidad de la convicción expresada tanto por las Fuerzas Aéreas como por la Marina. En definitiva, la afirmación del autor de ser un intrépido pensador original es falsa.

Sin embargo, a pesar de que las victorias obtenidas por Franks hayan perdido parte de su lustre original y de que él no sea una figura tan innovadora que pretenda ser, *American Soldier* sigue poseyendo un considerable valor. De hecho, aunque dentro de una década la ambigüedad que ha venido a rodear a la una vez famosa liberación de Kuwait dirigida por el general Schwarzkopf llegue a envolver la liberación de Afganistán y la derrota de Sadam Husein, si leen el libro con el cuidado que se merece, los estudiosos de la globalización estadounidense seguirán encontrando en *American Soldier* un tesoro inagotable de inspiración. Estas páginas arrojan una apreciable luz sobre una de las grandes cuestiones que, al día de hoy, siguen sin encontrar una respuesta: ¿cómo es posible que, durante los últimos quince años, a medida que las fuerzas estadounidenses han ido cosechando un triunfo tras otro, la seguridad de Estados Unidos se haya vuelto cada vez más precaria? ¿Por qué cada vez que flexionamos nuestros músculos militares en nombre de la libertad y de la paz, el mundo más allá de nuestras fronteras se torna tanto más huraño y desordenado? En una ocasión, Madeleine Albright consiguió irritar a Colin Powell con la

famosa pregunta de ¿cuál es el sentido de tener ese gran ejército del que siempre habla si no podemos utilizarlo? Bajo nuestra perspectiva actual, tal vez una pregunta más afinada sería: ¿cuál es el sentido de hacer uso de este gran ejército si el resultado es Faluya, Nayaf y Kerbala?

Por supuesto, estas cuestiones resultan desconcertantes y no hay una explicación exacta y claramente estructurada que las resuelva. La codicia, la envidia, el error de cálculo, la pura estupidez, las anteojeras ideológicas, la naturaleza del sistema internacional, el fruto amargo de los pecados de las generaciones pasadas, la arrogancia de las elites civiles militarizadas y, asimismo, la ley de hierro de las consecuencias indeseadas merecen ser traídas a colación. No obstante, en *American Soldier* observamos, en un vívido despliegue, el factor adicional que se cifra en la ingenuidad política y en la ineptitud estratégica de los oficiales militares elegidos, y supuestamente preparados, para ocupar el alto mando. Lejos de ser un inconformista marchando al ritmo de su propio tambor, Franks encarna una serie de convicciones y de prejuicios compartidos por los oficiales de su generación. Desde que hace treinta años regresaran de las selvas y los arrozales, los miembros de su generación se han enfrascado en proyectos que buscan, a cualquier precio, poner al derecho todo lo que el desafortunado William Westmoreland puso al revés. Fundamentalmente, quieren invertir el veredicto obtenido en Vietnam.

En concreto, han pretendido purgar la guerra de la política reconstituyendo la concepción de la guerra como una arena de pertenencia exclusiva de los militares profesionales. A lo largo de todas las páginas de *American Soldier*, Franks deja abundantemente clara su opinión de que las consideraciones políticas son, en el mejor de los casos, una distracción cuando no un palmario impedimento. (En una discusión «de soldado a soldado» con el general Pervez Musharraf, presidente de Pakistán, acerca de la comprensión que él había llegado a abrigar sobre el tema en vísperas de la operación estadounidense en Afganistán, Franks escribe que esta compenetración podría haberse forjado mucho antes si no hubiera sido por «los enviados diplomáticos con traje de chaqueta [que] habían amedrentado a soldados-políticos como Musharraf acerca de los derechos humanos y el gobierno representativo».) De modo instintivo, tanto él como otros miembros de su generación que nunca perdonaron a Robert McNamara, considera a los sujetos civiles personajes problemáticos que no dejan de entrometerse en un terreno que, por derecho, pertenece a los soldados. Evitar estas inoportunas intromisiones constituye un imperativo categórico.

El esfuerzo por mantener a los civiles en su sitio y por reafirmar el monopolio profesional en la conducción de la guerra exige trazar una línea lo más clara posible que evite que la política y la guerra se entremezclen. Mientras que Westmoreland, recordado hoy notablemente como el general político, permitió a los *whiz kids* entrometerse en asuntos que eran de su competencia, los suboficiales que experimentaron la frustración de la derrota pero que continuaron en sus puestos después de Vietnam para

revivir la potencia militar estadounidense han jurado que nunca dejarán que vuelva a ocurrir lo mismo. Ellos insisten en que se reconozca que la conducción de la guerra es un asunto *suyo* y sólo *suyo*. Esto explica que el general en jefe que (al igual que Franks) experimenta el combate desde la confortable distancia de los cuarteles generales climatizados, no obstante, insista en darse a conocer como un «combatiente de guerra» de espaldas cuadradas. Este empeño no sólo obedece a razones simbólicas: la afirmación en esta identidad le permite además promover las prerrogativas sobre las que los cuerpos de oficiales proclaman ostentar un derecho absoluto. Éste es *mi* asunto, y quienes vistan traje –probablemente, Franks emplearía un lenguaje más rudo– deberían quedarse fuera.

Esta acusada diferenciación entre la guerra y la política responde al tipo de análisis que Douglas Haig o Erich Ludendorff habrían apreciado y comprendido. Pero estas distinciones hacen fracasar –al igual que Haig y Ludendorff en la Primera Guerra Mundial– toda posibilidad de coherencia estratégica. Por supuesto, el combate es parte integrante de la guerra. Pero la guerra nunca deja de ser, también, profundamente política, si bien de modos no siempre apreciados o, incluso, aceptables para los que en realidad aprietan los gatillos y lanzan las bombas. De hecho, si se quiere dar a la guerra alguna justificación concebible o perspectiva de utilidad, la misma debe permanecer subordinada a la política. Efectuar dicha subordinación es precisamente donde descansa la base de la estrategia. En la tradición simbolizada por Franks hay una poderosa tendencia a resistirse a esta formulación. Por lo tanto, aunque el autor de *American Soldier* salpique su texto de proclamas clausewitzianas, en realidad, cuando trata la relación entre la guerra y la política, él rechaza el núcleo de las enseñanzas de Clausewitz y, en este sentido, encarna el arquetipo del oficial estadounidense posVietnam.

En opinión de Clausewitz, la guerra posee una naturaleza compleja y escuroidiza. Así pues, las labores que debe desempeñar un general requieren no sólo un estudio intensivo y un carácter fornido sino también grandes poderes de intuición. Franks piensa que la guerra es una cuestión de ingeniería y que el mando consiste en la organización y la coordinación del arsenal bélico. En consecuencia, el Franks que es capaz de reducir la política internacional a «cinco Cs» brinda una noción igualmente esquemática del concepto de estrategia. Cuando Rumsfeld se dirigió a él por primera vez para comenzar a planificar la invasión de Iraq, Franks se sentó, blandiendo su cuaderno de notas, e hizo un bosquejo de lo que llamó su «plantilla» para la victoria decisiva. La matriz resultante, cuyo manuscrito original es reproducido con orgullo en las páginas de *American Soldier*, consiste en siete «líneas de operación» horizontales –que enumeran las capacidades de Estados Unidos– que se entrecruzan con nueve «cortes» verticales, cada uno de los cuales describe una de las causas que mantienen en el poder a Sadam. En determinados puntos de intersección –36 en total– Franks dibuja una «ráfaga estelar». Estas ráfagas, destinadas a ser objeto de una planificación más detallada, definían los puntos donde se volcarían los principales esfuerzos.

No hay nada intrínsecamente erróneo en el modo de proceder de los generales que bosquejan «líneas y cortes». Los comandantes ya no libran la guerra apuntando con sus espadas al enemigo y lanzando el grito de «¡a la carga!». El diseño de la campaña requiere listas de tareas y programas, prioridades fácilmente identificables y cadenas de mando nítidamente definidas. Si una matriz de siete por nueve es capaz de dotar de un orden al proceso de poner en marcha una fuerza capaz de llevar adelante la guerra, no necesita nada más para ser calificada de correcta. Pero un examen incluso superficial del esquema de Franks muestra que ni remotamente se aproxima a una estrategia. Su plan carece de cualquier contexto político. Rígidamente centrado en el combate venidero, no presta atención a sus secuelas. Definir el problema refiriéndose a Iraq y sólo a Iraq ignora otras relaciones de poder y no prevé el modo en el que la guerra podría alterar, para bien o para mal, dichas relaciones. Es completamente ahistórico y carece de toda referencia a la cultura, a la religión o a la identidad étnica. No tiene una dimensión moral. Omite proporcionar incluso una declaración o finalidad. No obstante, en su opinión, es un ejemplo exquisitamente diseñado de lo que él denomina una «*gran estrategia* básica» [en cursiva en el original].

En este punto, nos encontramos frente a frente con el dilema esencial contra el que Estados Unidos ha lidiado desde que los soviéticos tuvieron la temeridad de privarnos de un adversario estabilizador y que los acontecimientos del 11 de septiembre únicamente sirvieron para exacerbar. La elite política que debería asumir la responsabilidad capital de formular la gran estrategia se dedica, en cambio, a alimentar las fantasías ideológicas de rehacer el mundo a imagen de Estados Unidos, como la National Security Strategy de 2002 elaborada por la Administración de Bush atestigua tan vívidamente. Entretanto, la elite militar que de algún modo podría horadar esas fantasías y ayudar a reinstaurar una pizca de realismo en la política estadounidense ha tomado el camino de obsesionarse con las operaciones. Los generales mantienen una actitud reacia a implicarse en ningún tipo de diálogo político-militar que pudiera comprometer su autonomía y permiten que cuestiones fundamentales sobre la relación entre el poder y los fines queden sin respuesta y pasen incluso sin ser reconocidas.

En este vacío abierto entre las ilusiones de la clase política y los miedos de los generales, la posibilidad de establecer cierto equilibrio entre los fines y los medios desaparece por completo. En ausencia del mismo, Estados Unidos planea, a una distancia cada vez más corta, alrededor de la bancarrota, el agotamiento y la sobreexplotación imperial. Actualmente, este país abraza inmensas ambiciones respecto a cómo debería funcionar el mundo, demasiado inmensas como para ser practicables a pesar de blandir un gran poder, que es, sin embargo, mucho menor de lo que muchos imaginan. No obstante, no hay nada que siquiera se aproxime a una estrategia significativa que permita combinar ambos aspectos. En *American Soldier*, Tommy Franks ayuda a comprender por qué.